

toches de la comedia política, artística ó social, oigo decir:

—Es un Tartarin... un Monpavon... un Delobelle.

Entonces siento un estremecimiento, el estremecimiento de orgullo de un padre que oye, confundido entre la multitud, los aplausos que se prodigan á su hijo, y que siente, durante todo el rato, vehementes deseos de gritar:

—¡Eh, que ese es mi hijo!



## HISTORIA DE MIS LIBROS

### CARTAS DESDE MI MOLINO

En el camino de Arlés, en las canteras de Fontvielle, pasado el monte de Corde y la abadía de Montmajour, se levanta, hacia el lado de la derecha, más arriba de un gran caserío polvoriento y blanco como un montón de piedras, una montaña cargada de picos, de un verde que refrigera aquel tostado paisaje.

Aspas de molino daban vueltas allá en lo alto; abajo se recuesta una gran casa blanca: la posesión de Montauban, original y vetusta morada que empieza en castillo con la ancha escalinata y su terraza á la italiana con pilastras, y termina en tapias de caserón de campo; con los palos para los pavos reales; la parra encima de la puerta; el pozo, cuyo montante de hierro vése adornado con una especie de guirnalda formada por las ramas de una higuera; los cobertizos, donde se guardan los aperos de labranza; el aprisco para los corderos, delante de un plantío de delgados almendros, que echan florecillas, bien pronto deshojadas al sople de los vientos de Marzo.

Y esas son las únicas flores que hay en Montauban. Ni prados, ni parterres, ni nada que huelga á jardín ó á quinta de recreo ni á posesión cercada; no hay más que macizos de pinos en las peladas rocas; un parque natural y salvaje, con avenidas laberínticas, desiguales y resbaladizas.

En el interior, la misma mezcla disparatada de castillo señorial y de casa de

labor: galerías embaldosadas y frescas, amuebladas con variados y contorneados canapés y sillones á lo Luis XVI, que tan cómodos son para las siestas estivales; anchurosas escaleras; pomposos corredores, por donde se engolfa el viento, que silba por debajo de las puertas de todas las habitaciones y agita las colgaduras, de anchas rayas á la antigua moda. Luego se suben dos escalones, y se encuentra la sala rústica, con el suelo de tierra apisonada, que escarban las gallinas que acuden allí para picotear las migajas del almuerzo; con sus paredes blanqueadas, que sostienen credencias de nogal; la artesa para amasar pan, adornada con tallados hechos de un modo primitivo.

Vivía allí, hace veinte años, una antigua familia provenzal, no menos original y simpática que su vivienda. La madre, burguesa del campo, muy anciana, pero fuerte y buena todavía, bajo sus tocas de viuda, que no se había quitado nunca, manejaba por sí sola aquella posesión considerable de olivos, de granos, de viñas, de moreras; y á su lado,

sus cuatro hijos, cuatro solterones, á quienes designaban por la profesión que cada cual había ejercido ó ejercían todavía: el Alcalde, el Cónsul, el Notario, el Abogado.

Muerto el padre, y casada la única hermana que habían tenido, los cuatro se habían agrupado en torno de la anciana, á quien sacrificaban sus ambiciones y sus gustos, y unidos en el exclusivo amor de aquella á quien llamaban su «querida mamá» con res-



petuosa y tierna entonación.

¡Buenas gentes! ¡Bendita casa! ¡Cuántas veces, en invierno, he ido á buscaros para desquitarme de aquella vida de París y sus fiebres, y curarme con las saludables emanaciones de vuestras colinas provenzales! Llegaba sin avisar, seguro de ser bien acogido, anunciado por el guirigay de los pavos reales, de los pe-

rros de caza, *Milagro*, *Milagrillo* y *Tambor*, que daban saltos y brincos alrededor del coche, mientras se agitaba la cofia arlequinesca de la criada, que corría á anunciar mi llegada á sus amos, y mientras la *querida mamá* me estrechaba contra su mantón de cuadros grises, como si fuera yo uno de sus hijos.

Cinco minutos de tumulto, y una vez terminados los abrazos y llevada la maleta á mi cuarto, toda la casa volvía á quedar en silencio y en calma. Yo llamaba, silbando, al viejo *Milagro*, un perrito faldero que habían encontrado en el mar, entre los restos de un naufragio, unos pescadores de Faraman, y subía á mi molino.

El tal molino era una ruina; un resto que se derrumbaba, de piedra, de hierro y de tablas viejas que hacía muchos años



que no andaba y que yacía con las aspas rotas, inútil como un poeta, mientras que todo alrededor, á su lado, prosperaba y viraba la molinería con toda la fuerza de sus aspas.

Existen extrañas afinidades entre nosotros y las cosas. Desde el primer día aquel abandonado me era querido; lo quería por su abandono precisamente, por su camino escondido entre las hierbas, por sus hierbajos grises y perfumados, con los cuales hacía el padre Gaucher su elíxir, por su plataforma estéril, donde se estaba muy bien acurrucado para resguardarse del viento, mientras que saltaba un conejo ó mientras una larga culebra, arrastrándose con sorna maliciosa, venía á cazar los insectos que menudeaban entre los escombros. Con sus crujidos de edificio viejo sacudido por la tramontana, el ruido de aparejo de sus aspas rotas: el molino revolvía en mi pobre cabeza, inquieta y aficionada á viajar con el pensamiento, recuerdos de expediciones por mar, paradas en los faros y en apartadas islas, y la temblorosa ola de alrededor completaba la ilusión.

Yo no sé de dónde me ha venido á mí esta afición á lo desierto y á lo bravío que tengo desde la niñez, y que parece sentar tan mal á mi exuberante naturaleza; á menos que no sea á un tiempo mismo la necesidad física de reparar con un ayuno de palabras, con una abstinencia de gestos y de voces, el horrible gasto de todo nuestro ser que hacemos los meridionales. En todo caso, debo mucho á estos espirituales retiros; y ninguno me ha sido más saludable que aquel viejo molino de Provenza. Hasta tuve en un tiempo ganas de comprarlo; y se podría encontrar en casa del notario de Fontvielle una escritura de venta que se quedó en proyecto, pero de la cual me serví para escribir el prólogo de mi libro.

Mi molino no me ha pertenecido nunca. Lo cual no me impedía pasar allí muchos días de ensueños, de recuerdos, hasta la hora en que el sol de invierno bajaba por entre las pequeñas colinas, cuyas quebraduras llenaba como de un metal fundido, como de un chorro de oro muy humeante. Entonces, al llama-

miento de una bocina de marino, la trompa que el Sr. Séguin tocaba para llamar á su cabra, me volvía á casa para comer en la mesa hospitalaria y caprichosa de Montauban, servida según los gustos y rarezas de cada cual: el vino de Constance para el Cónsul, al lado de las *aguas cocidas* ó del plato de castañas blancas que servían de frugal comida á la anciana. Después de tomar el café y de encender las pipas los cuatro hijos, bajaban al pueblo y yo me quedaba haciendo hablar á la buena señora, que era un carácter enérgico y bondadoso, una inteligencia sutil, una memoria llena de historias, que relataba con tanta sencillez como elocuencia: cosas de su niñez, humanidad desaparecida, costumbres que se perdieron; la nota de bermellón sobre las hojas de encina, 1815, la invasión, el inmenso grito de alegría y de satisfacción con que saludaron todas las madres la caída del primer Imperio, los bailes, las hogueras encendidas en las plazas públicas en señal de regocijo, y el elegante oficial cosaco con uniforme evrde que le había hecho bailar como

una peonza una noche entera en el puente de Beaucaire. Luego su boda, la muerte de su marido, de su hija mayor, multitud de presentimientos, un golpe brusco en el corazón revelándole desdichas á muchas leguas de distancia, duelos, nacimientos, el traslado de restos queridos cuando cerraron el cementerio viejo. Para mí era aquello como hojear uno de esos antiguos libros de familia de hojas cansadas á fuerza de leídas, donde se inscribía en otro tiempo la historia moral de las familias, mezclada á los detalles vulgares de la existencia ordinaria y corriente, y las cuentas de los buenos años de vino y de aceite al lado de verdaderos milagros de sacrificio y de resignación.

En el fondo de aquella burguesa-medio rústica, encontraba yo un alma muy de mujer, delicada, intuitiva; una gracia maliciosa é ignorante de chiquilla.

Cuando se cansaba de hablar se arrellanaba en su butaca lejos de la luz; la sombra del oscurecer cerraba sus rugosos párpados, invadía aquella cara vieja de grandes líneas, arrugada, llena de ho-

yos y como surcada por la reja del arado y el rastrillo; y silenciosa, inmóvil, habría yo podido creer que dormía, á no ser por el ruidillo que hacían las cuentas de su rosario, que pasaba con sus dedos metidos en el bolsillo. Y entonces

me iba á terminar la velada á la cocina.

En torno á la campana de una chimenea gigante, de donde estaba colgada una lámpara de cobre, apiñábase una reunión numerosa delante de un buen fuego hecho con leña de oli-

vo, cuya llama irregular iluminaba las cofias puntiagudas y los refajos amarillos. En el sitio de preferencia, en la piedra del hogar, el pastor acurrucado, con la barba rapada, la piel curtida, con la pipa en la boca, finamente dibujada, apenas hablaba, porque había tomado la costumbre del silencio contemplativo en aquellos largos meses de trashumancia en los Alpes del Delfinado, contemplando las es-



trellas, á las cuales conocía por sus nombres. Entre dos chupadas á su pipa soltaba en un sonoro dialecto sentencias, parábolas á medio terminar y proverbios misteriosos, alguno de los cuales recuerdo:

*La canción de París, la mayor compasión del mundo... Al hombre por la palabra y al buey por el asta... Tarea de mona, mala y poca... Luna pálida ahuyenta el agua... Luna encarnada ahuyenta el aura... Blanca luna buen tiempo anuncia.*

Y todas las noches la misma cantinela, con la cual levantaba la sesión: *Cuanto más á vieja la vieja iba, más aprendía, y por eso no morirse quería.*

Cerca de él el guarda Mitifio, apodado *Pistola*, de ojos burlones, de barbilla blanca, animaba la velada con una por-



ción de cuentos de leyendas, todos los cuales tenían sus ribetes de maliciosa burla muy provenzal.

Algunas veces, entre las risas provocadas por un cuento de *Pistola*, el pastor decía con mucha gravedad: «Si por tener la barba blanca pasara uno por sabio, las cabras tendrían que ser reputadas sabias.»

Allí estaba también el anciano Siblet, el cochero Domingo y un jorobadillo apodado *el Vago*, especie de duende, espía de la aldea, de miradas penetrantes, que atravesaban la oscuridad de la noche y las paredes, con un alma devorada por los odios religiosos y políticos.

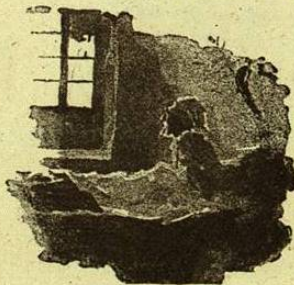
Era cosa de oírle cantar é imitar al viejo Juan Coste, un rojo furibundo del 93 que había muerto hacía poco, siempre fiel á sus creencias y principios. El viaje de Juan Coste, veinte leguas á pie para ir á ver guillotinar al cura y á los dos tenientes curas de su pueblo. «Y es que, hijos míos, cuando yo les vi poner las cabezas debajo de la cuchilla—por cierto que no querían ponerlas—¡qué demo-

nio! yo también gocé... *taben aguèrè de plesi...*»

Luego hablaba de Juan Coste, cuando, ya viejo y temblón, apoyando sus huesos en una pared donde diese el sol para calentarse, decía á los muchachos que lo escuchaban: «Jóvenes, ¿habéis leído á Volney?... *Jouven, aués legi Voulney?* ¡Ése demuestra matemáticamente que no hay más Dios que el soll!... *Gès dé Diou, doum dé Liou! rèn qué lou souleù!*» Exponía su juicio sobre los hombres de la Revolución: «Marat, buen chico... Saint-Just, buen chico... Danton, también buen chico... pero al final se había echado á perder un poco y había caído en el moderantismo... *dins lou moude-rantismo!*»

Hablaba después de la agonía de Juan Coste, que se incorporaba como un espectro en la cama, y hablaba en francés una vez en su vida para lanzar al rostro del sacerdote que lo asistía una injuria: «Vete de aquí, cuervo... todavía no hay carne muerta...» Y tan terriblemente acentuaba el jorobadillo aquel grito, que las mujeres exclamaban: «¡Ah, Dios

mío!» y los perros despertaban y gruñían sobresaltados, mirando hacia la puerta meneada por el viento de la noche, hasta que una voz femenina, atiplada y fresca, entonaba, para disipar aquella desagradable impresión, alguna copla de Noche Buena: «He visto por los



aires — un angelito, — sonrosado, con alas, — y muy bonito...» ó bien alguna copla alusiva á la llegada de los Reyes Magos á Belén: coplas sencillas para acompañadas por el tamboril, que me parecía estar oyendo ya al ver las

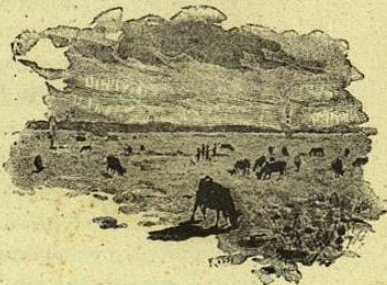
imágenes, expresiones, tradiciones locales, reunidas en torno de la ceniza de aquel viejo hogar.

A veces también mi fantasía esparcía-se en cortas expediciones alrededor del molino. Ya era una partida de caza ó de pesca á Camargue hacia el estanque de Vacarès, entre toros y caballos salvajes sueltos y en completa libertad en aquel rincón de las Pampas. Otro día iba á re-

unirme con mis amigos los poetas provenzales, los felibres.

En aquella época, el *felibrismo* no estaba todavía erigido en institución académica. Estábamos en los primeros días de la *Iglesia*, en los momentos de fervor y buena fe, sin cismas ni rivalidades.

Cinco ó seis buenos amigos, sonrientes como chiquillos, con luengas barbas de apóstoles, se daban cita, unas veces en Maillane, el pueblecillo de Federico Mistral, otras en Arlés, en la plaza del pueblo, en medio del bulle-bulle de vaqueros y pastores que acudían para ofrecerse al servicio de las casas de labor. Íbamos al campo á oír, tendidos sobre la hierba entre los sarcófagos de piedra antiguos, algún hermoso drama de Teodoro Aubanel, mientras que en el aire vibraba el canto de la cigarra, y detrás de nosotros sonaban irónicamente, ocul-





tos por un telón de árboles poco frondosos, los martillazos de los talleres de la Compañía París-Lyon-Mediterráneo.

Después de la lectura dábamos un paseo por la Liza, para ver pasar, con su blanco camisolín y su cofia en forma de casco, á la altiva y coqueta arlesiana, por cuyo amor se suicidó el pobre Jan.

Otras veces nos citábamos en la ciudad de los Baux, polvoriento montón de ruinas, de rocas salvajes, de antiguos palacios blasonados, que se derrumbaban bamboleándose al impulso del viento, como nido de águila allá en las alturas, desde las cuales se descubre, tras llanuras y blancuras, una línea de azul purísimo y resplandeciente, que es el mar. Cenábamos en la posada de Cornille, y toda la noche errábamos cantando versos, á través de estrechas callejuelas, de paredes ruinosas, de restos de escaleras, de chapiteles sin corona, todo iluminado por una claridad fantástica que teñía las hierbas y las piedras como si estuviesen cubiertas por finísima capa de nieve.

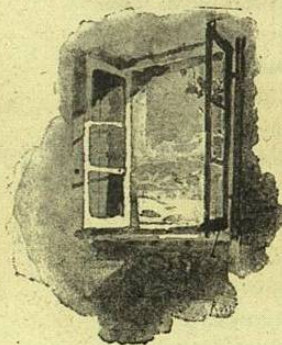
—Los poetas, decía maese Cornille,

soñ personas que gustan de contemplar las ruinas á la luz de la luna.

Los felibres se reunían también en los rosales de la isla de la Barthelasse, enfrente de las murallas de Avignon y del palacio papal, testigo de las intrigas, de las aventuras del pequeño Vedène. Luego, después del almuerzo en cualquier ventorro de la marina, subíamos á casa del poeta Anselmo Mathieu, en Châteauneuf-des-Papes, famoso por sus viñas, que durante mucho tiempo fueron las más renombradas de Provenza. ¡Oh! El vino de los Papas, el vino dorado, real, imperial, pontifical, ¡cómo nos lo bebíamos allí cantando versos de Mistral, fragmentos nuevos de sus *Islas de Oro*, ó alguna canción marinera como la de: «Ha llegado un barco de Mallorca—con cargamento de naranjas...» Y verdaderamente podía uno creerse en Mallorca, bajo aquel cielo abrasador, aquellos plantíos de viñas apuntaladas con montecillos de piedras, entre los olivos, los granados y los mirtos.

Por las ventanas abiertas se iban los versos vibrando como abejas que zum-

ban; y uno volaba detrás de ellos días enteros á través de aquella deliciosa tierra de Comtat, correteándola en todas direcciones, haciendo paradas en los pueblos, bajo los plátanos de la Plaza, y distribuyendo desde lo alto del *charabanc*



que nos conducía, entre gritos y gestos, la panacea al pueblo, que se apiñaba por oírnos. Nuestra panacea, el antídoto que llevábamos, eran poesías provenzales, hermosos versos en la lengua de aquellos campesinos, que comprendían y aclamaban las estrofas de *Mireille*, de

la *Venus de Arlés*, de Aubanel, una leyenda de Anselmo Mathieu ó de Roumanille, y que repetían á coro con nosotros la canción al Sol: *Gran sol de la Provenza,—alegre compañero del mistral...* La fiesta terminaba con algún baile improvisado, una farándula bailada por los mozos y las muchachas vestidas en traje de trabajo, y los tapones de las bote-

llas saltaban alrededor de las mesas; y si aparecía por allí alguna vieja beata que criticase nuestras alegres expansiones al aire libre, el hermoso Mistral, altivo como el rey David, decía desde lo alto de su grandeza: «Déjanos en paz, buena mujer, que á los poetas les está permitido todo...» Y luego,

en tono confidencial, guiñando el ojo á la vieja, que entonces se inclinaba respetuosa y deshumorada, añadía: *Es nautré*



*qui fasen li saume...* «Nosotros somos los que hacemos los salmos religiosos...»

¡Y qué hermoso era, después de esas escapatorias líricas, volver al molino á descansar sobre la hierba de la plataforma, á pensar en el libro que escribiría después con todo esto, un libro en el cual pondría el zumbido que me quedaba en los oídos, de aquellas canciones,

de aquellas francas carcajadas, de esas hechiceras leyendas, y también un reflejo de este sol esplendente, el perfume de estas tostadas colinas, y que firmaría desde mis ruinas de las aspas rotas!

Las primeras *Cartas de mi molino* fueron publicadas por el año 1866, en un periódico de París, en el cual esas crónicas provenzales, firmadas al principio con un doble seudónimo tomado de Balzac, «María-Gastón», desentonaban por su sabor poco parisiense. Gastón era mi compañero Pablo Arène que, muy joven todavía, acababa de estrenar en el Odeon una piececita en un acto, resplandeciente de ingenio y de color, el cual vivía muy cerca de mí, en el linde del bosque de Meudon. Pero aunque ese brillante escritor no era conocido todavía por su *Juan de los Higos*, ni su *París ingenuo*, ni otras muchas obras delicadas y magníficas, ya tenía suficiente talento y una personalidad demasiado real para contentarse por mucho tiempo con aquel oficio de ayudante de molinero.

Me quedé, pues, solo, para moler mis historietas, á merced del viento, á ca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1025 MONTERREY, NUEVO LEÓN

pricho del tiempo, en medio de una existencia terriblemente agitada. Hubo intermitencias, paradas, roturas; luego me casé y llevé á mi mujer á Provenza para enseñarle mi molino. Nada había cambiado allí; ni el paisaje ni la acogida. La anciana nos estrechó á los dos cariñosamente contra su mantón de cuadros, y se hizo en aquella mesa de solteros un sitio para la novia. Ella se sentó á un lado en la plataforma del molino donde la tramontana, al ver á aquella muchacha parisién enemiga del sol y del viento, se divertía en arrugarla, en hacerla rodar, en envolverla como un torbellino como á la joven Tarentina de Chenier. Al regreso de aquel viaje, impresionado de nuevo por mi Provenza, empecé en el *Figaro* una nueva serie de *Cartas de mi molino*, *Los viejos*, *La sandalia*, *El elixir del tío Gaucher*, etc., escritas en Champrosay, en aquel estudio de Delacroix, del cual he hablado ya en mis libros *Jack* y *Roberto Helmont*.

El tomo fué publicado por la casa Hetzel en 1869; se vendió trabajosamente una edición de dos mil ejemplares, espe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1025 MONTERREY, NUEVO LEÓN

rando, lo mismo que las otras obras primeras mías, que la moda de las novelas le proporcionase una buena venta y mayor publicidad. ¡Pero no importa! Así y todo, es ese mi libro preferido, no desde el punto de vista literario, sino porque me recuerda las mejores horas de mi juventud: carcajadas, embriagueces, caras amigas que no volveré á ver.

Hoy Mõntauban está desierto. La querida mamá murió; sus hijos, cada uno por su lado; el vino de Châteauneuf se agotó. Si volviese á ir por allí, no encontraría á nadie. Sólo los pinos, según me dicen, han crecido mucho; y sobre la orla

que forman sus copas, mi molino, con nuevas lonas, semejante á corbeta que navega á toda vela, mueve sus aspas como poeta vuelto á la realidad, como soñador vuelto á la vida.



### MI PRIMER ESTRENO

¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace de eso! Estaba lejos, muy lejos de París, en plena alegría, en plena luz, al extremo de la Argelia, en el valle del Chelif, un día hermoso de Febrero de 1862.

Una llanura de treinta leguas de extensión, limitada á derecha é izquierda por una doble línea de montañas, transparentes en medio de la bruma color de oro y violetas, como la amatista. Lentiscos, palmeras enanas, torrentes secos, cuyo pedregoso lecho se ve bordeado de adelfas: de tarde en tarde una ca-